

HOLI, La Festividad de los Colores.

por J. Carlos Ramchandani

Si entre las numerosas festividades religiosas del calendario hindú tuviéramos que destacar una por su colorido (nunca mejor dicho), no hay duda alguna de que esta sería Holi, la festividad de los colores. Holi suele caer a finales de febrero o principios de marzo, el día de Purnima (luna llena). Esta festividad se celebra principalmente en el norte y oeste de la India, mientras que en el sur del país pasa totalmente desapercibida. El Holi dura un día y medio comenzando este año el 6 de marzo y terminando al día siguiente a las 3 de la tarde. Pero la excepción única y más notable es la del área de Vrindavan (a unos 130 kilómetros al sur de Nueva Delhi) donde la fiesta de Holi dura una semana entera. Es aquí donde el propio Señor Krishna manifestó sus actividades trascendentales de jugar al Holi con su amada Radha y las demás gopis (pastorcillas de vacas).

En este nuevo viaje por la Madre India, el decimocuarto para ser exactos. Visito la tierra más sacrosanta de este inmenso país, Vrindavan. Allí he tenido la oportunidad única de ser testigo y participe, aunque a veces a la fuerza de Holi, la fiesta de los colores.

Origen del Holi

Hagamos un poco de historia, en la escritura sagrada llamada el Srimad Bhagavatam se narra la vida de Prahlad Maharaj. Aún siendo muy niño Prahlad, era un gran devoto del Señor Krishna, pero su padre era un terrible rey demoníaco que se autoproclamaba Dios. Después de muchos infructuosos intentos de cambiar la mentalidad de Prahlad de ser devoto a volverse un ateo. El rey decidió matarlo y para ello contó con los servicios de una bruja llamada Holika. Esta malvada mujer tenía un manto especial por el cual el fuego nunca le podía quemar. Entonces se preparo una gran pira de leña y Holika se sentó en ella abrazando al devoto Prahlad. Cuando se prendió la pira, y se vertió el aceite para que se quemara Prahlad mientras Holika le sujetaba, el niño devoto comenzó a orar a Krishna. Mediante el poder místico de Krishna, Holika murió quemada (a pesar del manto que le debía de proteger) y Prahlad quedo inmune ante las devoradoras llamas del fuego. Este es el origen de la fiesta de Holi, que toma su nombre de la bruja Holika. Para conmemorar este glorioso evento de que una vez más el mal es vencido por el bien, los devotos como muestra de alegría comenzaron a arrojarse polvos de colores, y a mojarse los unos a los otros con agua coloreada. El propio Señor Krishna celebraría Holi en Vrindavan hace cinco mil años y la tradición continúa hasta nuestros días. Eso si cada vez se distingue menos donde termina lo sacro y comienza lo pagano de esta festividad. Además la fiesta de Holi da comienzo al año nuevo Vaisnava, es el día de la aparición del gran santo y reformador del siglo XVI Sri Chaitanya (su nacimiento se celebra ayunando hasta la salida de la luna), y se ofrecen al fuego los primeros granos de la cosecha del año.

Holi en Vrindavan

Después de tomar un baño, cambiar mis ropas y haber ofrecido mis respetos a las deidades en el templo, tomo un auto-rikshaw (especie de vespa de tres ruedas) y me dirijo a Varshana a 30 kilómetros de Vrindavan. Es aquí donde residiera la eterna amada de Krishna, Srimati Radha, cuando comienza el primer día de Holi. Además de la fiesta de Holi es aquí el único lugar de la India y no se si del mundo, donde este día (y solo este) las mujeres pueden pegar con un palo a todos los hombres que quieran. Llego al templo principal de Varshana situado en una colina, en el amplio patio se amontona la gente, hombres y mujeres de todas las edades se mezclan libremente quizás por una vez al año. Se restriegan polvos de colores en la cara y se salpican chorros de agua coloreada con las pichikaris (especie de grandes jeringas hechas de metal o madera). Unos niños me dan la bienvenida arrojándome un globo lleno de agua colores a la espalda, mi kurta blanca ha quedado empapada por el agua de color rosa. Les miro y les regalo una leve sonrisa, que remedio. Al sonido de tambores y cimbalos comienzan a tomar posiciones las mujeres que armadas con palos de bambú, forman un apretado pasillo por donde tendrán que desfilan sus victimas masculinas. Los hombres se protegen con unos pequeños escudos de madera, que a lo sumo les podrá cubrir la cabeza. Van pasando los primeros valientes que son apaleados levemente pero alguno que otro fuerte golpe se escapa, ¿quizás fortuitamente? Desde una posición un poco más segura tomo fotos, pero con tantos colores volando, no me atrevo a sacar la video cámara. Después de unas cuantas pasadas entre el pasillo de las mujeres, ya no queda ningún hombre que no haya sido apaleado en Varshana. Antes de sentarme en el auto rikshaw para regresar a Vrindavan, siento un fuerte latigazo en mi trasero. Me revuelvo bruscamente y me encuentro en frente, a una pequeñísima anciana sosteniendo una vara de bambú. Me dice en hindi, que no me podía ir sin haber recibido la misericordia de Radha, otra sonrisa y me monto en el auto-rikshaw rumbo a Vrindavan.

Luego pasarían cinco largos días donde pude ver y sentir la festividad de Holi en sus diversas facetas. Los primeros días yo era el objetivo preferido de los niños, que al grito de “gora gora” es decir un hombre blanco (de piel), me arrojaban agua y polvo de colores por todo el cuerpo. Ya no me cambiaba más de ropa, por la noche la mojaba y la tendía a secar y me la volvía a poner. Antes los polvos eran de esencias naturales y después de lavar la ropa, estas quedaban limpias. Con el paso de los años los polvos de colores se han sustituido por versiones químicas mucho más económicas, que se aferran a los tejidos y los estropean. La gente lo que hace es que ya utiliza la misma ropa año tras año para los días de Holi. También estos colores se quedan impregnados en la piel y tardan días en desprenderse, a pesar de los continuos baños.

El día 6 de marzo fue la apoteosis final, donde ya participo toda la ciudadanía de Vrindavan. Mayores, jóvenes y niños lanzados al frenesí de bañar y restregar colores a todo el que vieran. Este día también la gente se emborracha con la bebida de Bangh (una explosiva mezcla de diferentes opiáceos, leche y diversas especias). Esta bebida que previamente es ofrecida al Señor Shiva, crea una sensación de euforia y trastornos bipolares de la personalidad, que hacen pasar en breves momentos de reír a carcajadas a llorar profusamente sin motivo alguno. Recuerdo que en mi primer viaje a la India en 1988, por equivocación bebí un poco de Bangh que me ofrecieron durante un Holi que pase en Bombay. Además de los síntomas antes mencionados, vi un minúsculo charco en el suelo y lo confundí al estar intoxicado con un bello estanque. Me tire de cabeza dándome un terrible golpe en la nariz (hasta hoy conservo la cicatriz), me levante

sangrando por la nariz, pero nadie me hacia caso pues creían que en vez de sangre era agua de colores. Ya nunca más he vuelto a tomar Bangh.

Toda Vrindavan estaba cubierta de polvos de color rosa, manchas de agua de colores roja, verde, amarilla. Sonido de tambores y cánticos en honor de la fiesta más querida por Krishna. No se veía a ningún ser humano, ni animal que no estuviera manchado de colores. Eso sí apenas se veían a los monos, estos auténticos piratas de Vrindavan quienes se dedican a robar los zapatos a las puertas de los templos para luego intercambiarlos por fruta, atacar a los niños a la salida de los colegios (sienten una enemistad especial hacia los niños), durante la fiesta de Holi se van de Vrindavan. No les gusta ser el blanco más deseado de los Vrajavasis (habitantes del lugar) que los soportan durante todo el año.

Al atardecer cansado ya por el ayuno, empapado en colores de los pies a la cabeza, me dirijo a la habitación del ashram donde me hospedo. Después de tomar otro baño y cambiarme de ropa, observo desde la terraza de mi habitación como en el cielo estrellado se alza la hermosa luna llena de Gaura Purnima, que indica el final del ayuno y el comienzo de un nuevo año para los vaisnavas. Abajo se escucha el tumulto de aquellos que se resisten a dar por terminado el Holi.

Han pasado cuatro días desde que acabara el Holi, me encuentro a 3.000 kilómetros de distancia de Vrindavan, en Kochin (estado de Kerala) al extremo sur de la India. Pero todavía sigo quitándome con aceite de mostaza, las manchas de colores que todavía impregnan mi cuerpo. Como dice la gente cuando te manchan con los colores, “Bura Na Mano, Holi he” ¡No te enfades, es Holi!